

Reseñas

Un sociólogo olvidado: Gabriel Tarde

Jean Meyer

En la segunda mitad del siglo XIX, la escuela sociológica francesa fue la primera del mundo. La sociología, bautizada por Augusto Comte, era considerada como una ciencia francesa, así como la economía se suponía británica.

Entre los años de 1850 y 1900, Frédéric Le Play, Gabriel Tarde y Emilio Durkheim fueron los maestros rivales y complementarios de la nueva disciplina que, después de la primera Guerra Mundial, verá el triunfo del pensamiento alemán: triunfo póstumo de Marx, triunfo de Max Weber y, más tarde, de la Escuela de Francfort. No obstante, dichos franceses decimonónicos, por más olvidados que estén, siguen siendo muy interesantes. Durkheim, sin embargo, es más citado que leído, Le Play está francamente olvidado —lo leen únicamente unos francotiradores de izquierda, cuando era católico y monarquista—, y en cuanto a Tarde fue reeditado hace más de 10 años, lo que

lo vuelve más accesible, si no es que más leído.¹

Tarde fue sociólogo, criminólogo y autor de ciencia ficción.² Su obra mayor fue, quizá, *Les lois de l'imitation* (1890). Se trata de un ensayo de una modernidad y de una claridad fabulosas, sobre el cambio social y la difusión de las innovaciones. Tarde anticipa las dos disciplinas que no tardarían en encontrarse a la vanguardia de las ciencias sociales: la historia y el psicoanálisis. Matemático, hace uso de las estadísticas con 70 años de ventaja sobre los historiadores franceses de la futura escuela de los "Annales", de la historia cuantitativa.

Nada más instructivo en general que los cuadros cronológicos de las estadísticas que, año tras

¹ *Les lois de l'imitation*, París, 1980, Slatkine (1890).

² *Fragment d'histoire future*, París, 1981, Slatkine (1879).

año, nos revelan el alza o la baja creciente de un consumo o de una producción, de una opinión política traducida en boletas de voto, de una necesidad de seguridad manifestada en pólizas de seguro contra incendio o en cuentas de ahorro. Cada una de esas curvas gráficas es una monografía histórica.

Los psicoanalistas, tanto freudianos como lacanianos y hasta jün-guianos, encontrarán su miel en las páginas de Tarde. Él maneja, como los grandes sociólogos de su tiempo, el concepto de *inconsciente* para suplir las deficiencias de una representación demasiado racional del hombre y del hombre en sociedad. Los modelos optimistas del Siglo de las Luces y utilitaristas de principio de siglo no explican las angustias de la sociedad burguesa de este fin de siglo. Tarde escribe: "La inestabilidad y el malestar de nuestras sociedades modernas deben aparecer como inexplicables a nuestros economistas y a los sociólogos que fundan la sociedad sobre la utilidad recíproca".

Este pensador pesimista ve mejor que Max Weber el carácter potencialmente neurótico de la entrega al poder político, entrega que aproxima al sonambulismo. "¿No es precisa-

mente el efecto de la obediencia y de la imitación por fascinación, verdadera neurosis, polarización inconsciente del amor y de la fe?" Tarde se encuentra muy lejos del materialismo histórico o del economicismo, muy cercano al último Freud, el menos leído, el de *Totem y tabú*, *Malestar en la civilización*, *Moisés y el monoteísmo*, o a Jung con la psicología colectiva y la psicología de las profundidades, o a Wilhelm Reich.

En el libro de Tarde, como en los de su contemporáneo Gustave Le Bon, tan leído por Lenin, abundan conceptos hoy considerados como "psicoanalíticos". Así, Tarde define el cambio social en términos de parricidio intelectual: "Con una resolución sistemática, un pueblo empieza a dejar de reproducir los ejemplos de sus antepasados en cuanto a ritos, usanzas, ideas; eso es una verdadera disociación de los padres y de los hijos, ruptura del cordón umbilical entre la vieja y la nueva sociedad." Él define la revolución como "una no-imitación de los ejemplos paternos". En 1895, 30 años antes de que Sigmund Freud escribiera su *Malestar...*, Gabriel Tarde escribe: "Podría uno preguntarse hasta qué punto la sociedad, aquel largo sueño colectivo, pesadilla colectiva, vale lo que cuesta de sangre y lágrimas".

Gina Zabłudovsky, *Patrimonialismo y modernización (Poder y dominación en la sociología de Oriente de Max Weber)*, México, UNAM/FCE, 1993, 194 p.

José Fernández Santillán

El libro que hoy presentamos es producto de una reflexión constante en torno a la teoría de Max Weber, sociólogo, economista e historiador alemán que vivió de 1864 a 1920. El camino seguido por Gina Zabłudovsky para realizar esta obra no es el que comúnmente transitamos los intelectuales que, al finalizar una investigación sobre un escritor o un tema, nos damos por satisfechos y rápidamente seleccionamos algún otro personaje o asunto para hacerlo objeto de nuestra consideración. La autora, en cambio, ha permanecido firme en la idea de ahondar en el estudio de su autor predilecto, a quien ya había dedicado un libro, *La dominación patrimonial en la obra de Max Weber*, UNAM/Fondo de Cultura Económica, 1989, y del que éste que ahora tenemos ante nuestros ojos es

una ampliación o, si se quiere, un perfeccionamiento. En suma, una especie de *in crescendo*.

La preferencia por una ruta de este tipo está por demás justificada: se trata de aprovechar la primera construcción para montar sobre ella una más elaborada. Un poco a la manera en que se construyeron las pirámides en las sociedades prehispanicas: varios cuerpos sobrepuestos, uno mejor que el otro. En la teoría política y sociológica occidental encontramos ejemplos —aunque raros— de este procedimiento. Antes de llegar a la versión definitiva del *Leviatán* (1651), Thomas Hobbes elaboró dos versiones previas: el *De Cive* (1642) y los *Elements of Law Natural and Politic* (1640). El contrato social, de Jean Jacques Rousseau, publicado por primera vez en 1762, conoce una primera redacción fechada en 1756 que pasó a la historia con el título de *Manuscrito de Ginebra*. Más cercano a nuestro tiempo está el caso de Giovanni Sar-

Ponencia presentada en el Auditorio de la Unidad de Seminarios "Jesús Silva Herzog" del FCE, el 22 de junio de 1994.

tori, quien en los años cincuenta publicó una obra denominada *Teoría de la democracia*, que en 1987 sería enriquecida bajo el enunciado *La teoría de la democracia revisitada*. Ciertamente, no es común que se porfíe en una misma cosa, pero allí están estos venerables ejemplos para mostrar que la vía está justificada y es posible, aunque exija virtudes poco comunes, como la tenacidad y el rigor, méritos que hoy re conocemos a Gina Zabludovsky.

Sin duda Max Weber es un clásico del pensamiento social y político. En efecto, cumple con todos los requisitos para ser llamado así, o sea, un auténtico intérprete de su tiempo que construyó un sistema de pensamiento, con sus respectivas categorías, para interpretar no sólo su época sino el mundo en general. Más aún: de ese sistema nos seguimos valiendo, si bien en parte, para interpretar también nuestra realidad. Sobre este último punto hay una referencia en la primera página. Allí leemos: "La sociología weberiana es cada vez más una referencia fundamental, tanto para la comprensión de la vida política moderna como para el quehacer del propio científico social" (p. 9). Esa sociología weberiana es un diseño complejo y minucioso —aunque no carente de contradicciones internas— que, en una de sus partes y con base en un profundo conocimiento de la historia de las sociedades orientales y occidentales, descubrió ciertas constantes en la dominación y la legitimidad. Se trata de la famosa teoría de los "tipos puros de dominación", a saber, la de carácter racional, la de cuño tradicional y la de la naturaleza carismática.

Como dice Weber, la primera "descansa en la creencia en la legalidad de ordenaciones estatuidas y de los derechos de mando de los llamados por esas ordenaciones a ejercer la autoridad"; la segunda reposa "en la creencia cotidiana en la santidad de las tradiciones que rigieron desde lejanos tiempos y en la legitimidad de los señalados por esa tradición para ejercer la autoridad"; la tercera se basa "en la entrega extracotidiana a la santidad, heroísmo o ejemplaridad de una persona y a las ordenaciones por ella creadas o reveladas".¹ La autoridad que corresponde a la época moderna y a la cultura de Occidente es la legal-racional. La autoridad tradicional corresponde a las sociedades orientales como la china, la hindú o la egipcia. La carismática aparece en momentos extraordinarios de cambio, de grandes transformaciones. Como "tipos puros" son abstracciones que se efectúan con el propósito de entender mejor los fenómenos prácticos; pero en la realidad histórica pocas veces o nunca se encuentran en ese estado de pureza. Más bien, casi siempre las encontramos combinadas. El propio Weber lo resalta de la siguiente manera: "la historia y la construcción de desarrollos de tipos ideales son dos cosas que deben ser diferenciadas estrictamente".

De los tres tipos puros de dominación, el que es objeto de estudio en el libro que hoy damos a conocer es el tradicional o, más específicamente, el tradicional en su vertiente patrimonial.

¹ Max Weber, *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977, p. 172.

Al respecto, la autora dedica la primera parte a definir y explicar ese sistema patrimonial en el ámbito de las culturas asiáticas. El método utilizado para llevar a cabo esa misión consiste en distinguir la dominación tradicional de las otras formas de dominación, al tiempo que detalla las variantes de que se compone. Pero en esa primera parte no hay sólo el propósito de describir una determinada manera de ejercer el mando, sino también el afán por mostrar que el orden patrimonial debe ceder paso al legal-racional que, como decíamos, es el que corresponde a la modernidad. Tal es el sentido de la transformación que se juzga conveniente: pasar del sistema tradicional-patrimonial al legal-racional. Las sociedades que se estancan en el primero no pueden ascender a la modernidad. Así leemos: "la subordinación a la tradición y al arbitrio son factores que afectan profundamente las posibilidades evolutivas del capitalismo y del Estado moderno" (p. 86); "La ausencia de un derecho formal legal y de una administración racional impiden el desarrollo del capitalismo emprendedor de tipo occidental que requiere de procedimientos legales predecibles" (p. 87).

La segunda parte del volumen se dedica fundamentalmente al estudio comparativo de las ideas de Weber sobre el patrimonialismo con las concepciones de otros autores clásicos. Así, se observa que estamos frente a un tema recurrente en la historia del pensamiento occidental. No hay duda de que las sociedades extraeuropeas fueron de interés para quienes se ocu-

paron del estudio de la organización política. Desde Aristóteles hasta Hegel, pasando por Bodino, Helvetius y otros muchos, el despotismo despertó curiosidad. Incluso podemos afirmar que no hay autor clásico que no dedique algún apartado específico a esta cuestión.

Antes de Weber el autor que más estudió el despotismo oriental fue Montesquieu. Su tipología de las formas de gobierno lo incluye como régimen negativo, malo, frente a la monarquía y la república, catalogadas como constituciones positivas, buenas. Esa tipología contiene una dimensión geográfica acompañada de una visión eurocentrista: las monarquías y las repúblicas son propias de ese continente en tanto que el despotismo se encuentra fuera de él. Por cierto, en *El espíritu de las leyes* hay una descripción bastante gráfica de ese sistema: "Cuando los salvajes de Luisiana quieren fruta, cortan el árbol por el pie y la cogen. He aquí el gobierno despótico".²

Hegel retomó la tipología y la perspectiva geográfica de Montesquieu, pero a ella agregó una visión histórica. Según decía, el despotismo era propio de los viejos imperios, las repúblicas de las antiguas Roma y Grecia, la monarquía de los estados modernos. Además de esto sostenía que la historia se mueve como el sol: el amanecer está en oriente, la irradiación continúa con el levante, para luego pasar a Europa. Vistas así las cosas, el movimiento continuaría en

² Montesquieu, *Del espíritu de las leyes*, México, Porrúa, 1977, lib. V, cap. XIII, p. 41.

Estados Unidos, pero Hegel no quiso hacer previsión alguna, aunque lo que sucedió después confirmaría la hipótesis.

El ciclo, entonces, estaría por cerrarse al retornar el sol de la historia al punto de partida. De nuevo el orien-

te, Japón. Pero, siguiendo a Hegel, tampoco hay que hacer previsiones. Con todo, lo que sí es válido es que pongamos atención en ese oriente sofisticado y misterioso. La lectura de este *in crescendo* de Gina es una buena ocasión para ello.

Bernard Crick, *In Defence of Politics*, Chicago, University of Chicago Press, 1993, 272 p.

Roberto Breña

El año pasado apareció la cuarta edición en inglés de *In Defence of Politics* (University of Chicago Press), de Bernard Crick. Escrito originalmente hace más de 30 años (la primera edición es de 1962), el libro contiene, sin embargo, una serie de ideas que no pierden vigencia y que lo han convertido en un texto de uso frecuente en cursos de ciencia y teorías políticas en universidades inglesas y estadounidenses. El autor, el doctor Crick, realizó estudios de posgrado en las universidades de Harvard y Berkeley y es profesor emérito de *politics* en el Birkbeck College de la Universidad de Londres. Aunque ha escrito varios libros de ciencia política, el libro por el que más se le conoce, aparte de *In Defence of Politics*, es una biografía de George Orwell (biografía que muchos críticos consideran la mejor escrita hasta hoy sobre el célebre novelista y ensayista inglés).

Aunque la edición que apareció recientemente incluye una evalua-

ción de las revoluciones de 1989 en Europa del Este y el análisis de situaciones políticas actuales como son los casos de Irlanda del Norte, Israel y Palestina, en esta reseña nos centramos principalmente en el texto original. En palabras del propio Crick, el objetivo principal de *In Defence of Politics* es contribuir a la tarea de restaurar la confianza en las virtudes de la política "as a great and civilizing human activity" ("como una actividad humana grandiosa y civilizadora") (p. 15). Ante las pretensiones contrapuestas, pero igualmente nocivas de, por un lado, centrar todas nuestras esperanzas en la política y, por otro, denigrarla por corrupta, ineficiente y, a fin de cuentas, ineficaz, la lectura de *In Defence of Politics* nos parece iluminadora en más de un sentido. Escrito en plena Guerra Fría, el libro es un alegato de un socialista democrático en favor de una política realista pero ambiciosa, mesurada mas no conformista y genuinamente de-

mocrática (como se verá más adelante, el libro contiene una crítica a la democracia como una idea política omniabarcante).

En el primer capítulo del libro de Crick se define a la política como "la actividad a través de la cual intereses divergentes dentro de una cierta unidad de gobierno (*unit of rule*) son conciliados, al darles una parte en el poder que sea proporcional a su importancia para el bienestar y la sobrevivencia de toda la comunidad" (p. 21). La política (*politics* en el original) solamente puede surgir y darse cuando se acepta el hecho de la existencia simultánea de diferentes grupos (y, por lo tanto, de diferentes intereses y tradiciones) dentro de una unidad territorial bajo un gobierno común. Esto distingue al gobierno político (*political rule*) de la tiranía, la oligarquía, la dictadura, el despotismo y, de manera más importante por la existencia de la Unión Soviética en los tiempos en que fue escrito el libro, del totalitarismo. Para que exista el gobierno político tiene que existir entonces la libertad. Esta libertad se manifiesta a través de la discusión de los puntos de vista de cada uno de los diferentes grupos. Este diálogo es público y de aquí resulta la combinación entre libertad, discusión y carácter público que define, para Crick, la actividad política.

Los cuatro capítulos siguientes son una defensa de la política contra la ideología, la democracia, el nacionalismo y la tecnología, respectivamente. El autor cuasiidentifica ideología y totalitarismo para realizar su crítica a la primera. En la medida en

que el totalitarismo se opone a la diversidad, en esa medida se le puede considerar como antitético de la política. La crítica que hace Crick a la democracia resultó ser una de las partes más polémicas del libro: "...mientras la democracia como un movimiento social debe existir en casi todas las formas de gobierno político, sin embargo, tomada aisladamente y como una cuestión de principio, significa la destrucción de la política" (p. 56). A diferencia de muchos autores, ya sean socialdemócratas o liberales, Crick considera que la democracia no es sino un elemento más dentro del total que conforman la política. "Como un principio intelectual, la creencia de que los hombres son iguales en todo porque son iguales en ciertas cosas, puede ser desastrosa para la habilidad y el juicio necesarios para preservar cualquier tipo de orden, con mayor razón las dificultades tan especiales que enfrenta un gobierno político conciliatorio" (p. 71). En cuanto al nacionalismo, Crick lo considera "the most compelling of all motives that can lead men to abandon or to scorn politics" ("el más apremiante de todos los motivos que pueden conducir a los hombres a abandonar o a menospreciar la política") (p. 74). Como si hubiera sido escrito teniendo en mente los sucesos que ahora se viven en diversas partes del mundo, Crick afirma que el nacionalismo no debe ser deplorado, ya que es un hecho con el que debemos contar, sino que debemos trabajar con él (*work with it*) para ver de qué manera puede ser politizado. Acto seguido, el autor se ocupa de las diferentes manifestaciones o ten-

dencias del nacionalismo y termina diciendo que si bien éste puede ser o no político, ninguno de los peligros que entraña para el gobierno libre es insuperable.

La defensa que el autor hace de la política con respecto a la tecnología se dirige contra la creencia de que todos los problemas importantes que enfrenta la humanidad son técnicos y que, por lo tanto, sus soluciones también lo son. El autor critica lo que él denomina *scientism*, esto es, la aplicación a otras esferas de la actividad genuinamente científica. Crick considera que una de estas perversiones de la actividad científica se da en las universidades de las sociedades occidentales desarrolladas bajo el disfraz de "ciencias sociales". Por último, siguiendo su crítica a lo que él denomina el "pensamiento tecnológico", se opone a la visión que divide tajantemente política y administración y que adjudica a esta última propiedades superiores para un buen gobierno. "No es la administración sino el gobierno propiamente dicho el que mantiene el orden en cualquier régimen; en un régimen político es la actividad política en sí misma la que provee algo permanente en medio de las mutaciones" (p. 108). Con respecto a la economía, el autor se manifiesta también por la preeminencia de la política: "El estudio de la economía nos proporciona evidencia relevante para cualquier decisión política sobre la distribución de los recursos, incluso se puede decir que nos da evidencia necesaria para cualquier decisión racional, pero no puede predeterminar ninguna decisión" (p. 109).

El capítulo sexto lleva por título "Una defensa de la política contra falsos amigos". En él, Crick critica al conservador por su defensa a ultranza de la tradición, al liberal por querer subordinar la política a la economía y al socialista porque, en su afán por encontrar la justicia, se vuelve dogmático y, al igual que los anteriores, termina despreciando la política. Crick no pretende en este capítulo descartar las doctrinas políticas *in toto*, sino solamente ciertas tendencias dentro de cada una de ellas. Para él no es razonable tratar de sintetizarlas en un "perfect political packet" ("paquete político perfecto") ya que, dependiendo del momento y del contexto, las tres (conservadurismo, liberalismo y socialismo) son necesarias para la política.

El último capítulo de la edición original del libro, "Elogio de la política", es una síntesis de la manera en que el autor percibe y concibe la política. Vuelve aquí Crick sobre una serie de ideas que aparecen entre líneas a lo largo de todo el texto. En primer lugar, su noción de que si bien la política es esencial para el desarrollo democrático de cualquier sociedad, el intentar llevarla más allá de ciertos límites es sumamente peligroso. En la p. 130, había escrito: "La política no puede comprender todo, pero nada puede estar completamente exento de la política." Ahora, en esta última parte, el autor regresa sobre el tema: "Ningún Estado tiene la capacidad de asegurar que los hombres sean felices, pero todos los Estados tienen la capacidad de asegurar que los hombres sean infelices. El intento de

politizar todo es la destrucción de la política" (p. 151). Esta manera de pensar la política, que en ocasiones puede parecer contradictoria, se conjuga con otros dos elementos que complementan la perspectiva del autor al respecto: el primero es el carácter "práctico" de la política, el segundo es el carácter intrínsecamente incierto de la misma. Para Crick la política debe considerarse a la gente tal como es realmente y hacer propuestas en consecuencia con esta realidad. "La política... es una cuestión de relaciones prácticas, no de deducción de principios más elevados" (p. 158). Con respecto al carácter incierto de la política, Crick hace énfasis en que la búsqueda de certezas desprecia las virtudes políticas (prudencia, conciliación, compromiso, adaptabilidad) en favor de una pseudociencia del gobierno, de alguna ética absoluta o de alguna ideología. Este afán de certidumbre es, para el autor, uno de los dos grandes enemigos de la política (el otro es la indiferencia ante el sufrimiento humano).

En las ediciones que siguieron a la edición original, el autor, en lugar de rehacer el texto, fue agregando lo que él denominó "footnotes" (notas a pie de página), pero que en realidad son capítulos completos en los que responde a críticas, amplía ciertos temas ya tratados y matiza algunas opiniones. En la primera de estas "notas", dedicada al tema del estudio de la política, Crick afirma que el descrédito en el que ha caído la política y su estudio (la ciencia política) se debía, sobre todo, "a la incapacidad generalizada de reconocer tanto su naturaleza específica y limitada y, al mismo

tiempo, su extraordinariamente valiosa naturaleza —su obvia e inseparable conexión con la libertad—" (pp. 171-172). Esta relación consustancial entre política y libertad explica parcialmente la insistencia del autor en rechazar todo intento por sujetar la política a moldes científicos. "El conocimiento político es siempre tentativo e hipotético; no puede esperar encontrar leyes científicas sin excluir a la política" (p. 182). Para el autor no hay una diferencia clara entre teoría política, doctrinas políticas y *politics*: "La verdad es que no hay nada, en este mundo por lo menos, que esté más allá de la política. La política es libertad... Todas las ideas buscan realización institucional; todas las instituciones encarnan [*embody* en el original] propósitos" (p. 194).

Crick dedica la segunda de sus "notas a pie de página" al socialismo. En ella el autor se define a sí mismo como "socialista moderado" (social-demócrata o demócrata socialista "en términos europeos", se puede leer en el prefacio), de aquí que haya creído importante escribir sobre aquellos aspectos de la doctrina socialista que él piensa deben ser revisados o en los que se debe hacer énfasis para hacer del socialismo una opción más creíble y atractiva para el electorado de las democracias occidentales o, en palabras del propio Crick, "para mostrar que un socialismo democrático puede ser, en el sentido que yo le doy al término, completamente político" (Prefacio, p. 9). Al principio de esta "nota", Crick refuta algunas críticas que ciertos autores le hicieron en el sentido de no haberle dado importancia a los valo-

res dentro de su visión sobre la política. El autor responde que los valores de libertad, igualdad y fraternidad, centrales para la doctrina socialista, son de la mayor importancia. Esto es así por la relación que Crick establece entre teoría política, política pública y los valores: "Ya que ninguna práctica o política se sigue necesariamente de la teoría en ninguna circunstancia, son nuestros valores los que principalmente deciden qué prácticas públicas alternativas seguir" (p. 211).

La última de las "notas" agregadas por el autor aparece solamente en la edición de 1993. Crick se defiende aquí de las críticas que se le hicieron en el sentido de minusvalorar la democracia. Su respuesta es que la evaluación que él hace de la misma pretende contraponerse a una idea muy extendida en las democracias occidentales que ve a la democracia como la solución a todos los problemas políticos, considerándola como "a single universal and overriding value" ("un único valor universal y dominante"). Después de revisar brevemente los casos de Sudáfrica, Irlanda del Norte y Palestina, el autor concluye que los problemas políticos pueden tener muchas soluciones posibles o no tener soluciones, sino solamente resoluciones, acuerdos, compromisos. Ninguno de estos últimos son perfectos, pero varían desde lo "more-or-less positivamente agreeable" ("más o menos positivamente aceptable") a lo "more-or-less tolerably acceptable" ("más o menos tolerablemente aceptable"). En la última parte de esta nota, el autor se

ocupa de las revoluciones de Europa del Este. Sobre los enormes problemas económicos que esta región enfrenta, escribe: "Aparte del riesgo de muerte violenta, no existe ninguna circunstancia humana que pueda desacreditar tanto al régimen y provocar que muchos de sus habitantes abandonen, desprecien y se vuelvan contra la sociedad civil como el desempleo masivo continuo" (p. 269). Ya casi para terminar, pensando sobre todo en los desafíos políticos que se plantean en Europa del Este, pero teniendo en mente la política en general, Crick vuelve sobre el tema de la mesura en las pretensiones políticas, así como sobre su carácter siempre tentativo, cuando cita a su autor preferido, George Orwell: "Perhaps, however, whether desirable or not (the Earthly Paradise) isn't possible. Perhaps some degree of suffering is ineradicable from human life, perhaps the main choice before man is always a choice of evils, perhaps even the aim of Socialism is not to make the world perfect but to make it better. All revolutions are failures, but they are not the same failure". ("Tal vez, sin embargo, entre lo deseable o no (el paraíso terrenal) no es posible. Tal vez algún grado de sufrimiento no puede ser erradicado de la vida humana, tal vez la principal elección ante el hombre es siempre una elección entre malos, tal vez incluso el objetivo del socialismo no es un mundo perfecto sino hacerlo mejor. Todas las revoluciones representan fracasos, pero no todas son el mismo fracaso.") (p. 271).

Seymour Martin Lipset, *La división continental. Los valores y las instituciones de los Estados Unidos y Canadá, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, 321 p.*

Marisa Studer

Los ochenta fueron para Canadá años de reflexión sobre los fundamentos de su identidad nacional. Reflexión obligada por el largo y profundo debate de 1988 sobre el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, que formalizó la integración económica continental, y el Acuerdo de Meech Lake de 1987, que buscaba reformular aquellos aspectos que habían mantenido a Quebec fuera del marco constitucional de 1982. En el debate sobre la redefinición de la identidad canadiense, la introducción de la variable estadounidense fue ineludible por la tradicional tendencia canadiense, especialmente de los canadienses anglófonos, a definirse más por referencia a Estados Unidos que a su propia historia y tradiciones.

En este contexto surge el ensayo interpretativo *La división continental...*, de Seymour Martin Lipset. Su objetivo es mostrar cómo Estados Unidos y Canadá, a pesar de ser dos de los países industrializados de Oc-

cidente que más se asemejan, siguen siendo culturalmente diferentes dados sus distintos principios organizativos básicos. La obra es peculiar por ser el único análisis general comparativo de un estadounidense sobre las diferencias culturales de esas dos sociedades. En este sentido, Lipset reivindica la tradicional actitud de muchos estadounidenses de pensar que los canadienses son como ellos, actitud que ha provocado resentimiento en Canadá por reflejar un desinterés generalizado en Estados Unidos por estudiar y conocer a sus vecinos del norte. Por otro lado, llama la atención que el ensayo de Lipset defina la identidad canadiense por referencia no tanto a los factores históricos y culturales propios de Canadá, sino a los que dan un carácter excepcional a Estados Unidos.

La contribución más valiosa de *La división continental* es la explicación histórica de por qué Canadá y Estados Unidos son dos naciones distin-

tas, misma que desarrolla en los primeros tres capítulos. La Revolución estadounidense aparece en este análisis como el hecho histórico que marcó los rumbos distintos, aunque paralelos, de esas naciones. De aquel hecho, indica Lipset, nacieron dos naciones, no sólo una: una de la Revolución, y la otra, de la contrarrevolución (p. 19). El argumento intenta mostrar cómo los principios organizativos que surgieron a partir de la Revolución estadounidense dieron origen a una ideología excepcional en Estados Unidos y a un problema perenne en la definición de una identidad nacional en Canadá.

La Revolución estadounidense, afirma Lipset, se convierte en la *raison d'être* de la entidad política estadounidense (p. 38). El carácter "excepcional" de esta última surge de los valores de individualismo e igualitarismo competitivo, derivados de la ideología *whigh* y establecidos en la Declaración de Independencia. De ellos surge el "americanismo estadounidense", una ideología, una "religión política" (pp. 38-61 y 73). La independencia en Canadá, en cambio, "se da a través de la evolución de la lealtad, no por una revolución" (p. 74). Canadá no desarrolló una ideología universal, no hay un "canadianismo", carece de una mitología y su primera Constitución, que legitima la contrarrevolución, fue redactada por conservadores *tories* que no se expresaban en el lenguaje popular (pp. 62-63). El peso de la Revolución estadounidense en los fundamentos organizativos de Canadá se refleja, además, en la tendencia canadiense

a definirse por referencia a lo que no son, estadounidenses, y "terminan siendo los no estadounidenses más antiguos y permanentes del mundo" (pp. 74-75). De estos principios organizativos surge, según Lipset, una sociedad canadiense conservadora, más clasista, elitista, legalista, estatista, colectivista y particularista (orientada hacia los grupos) que la estadounidense, y una sociedad estadounidense más religiosa, patriótica, populista, antielitista, meritocrática e igualitaria que la canadiense y que las de otras naciones (pp. 26-27). En ocho capítulos basados en encuestas de opinión, Lipset presenta un valioso análisis de los valores sociales de ambos países. Se propone mostrar cómo las consecuencias de la Revolución estadounidense en los dos países se vieron luego reforzadas por otras diferencias en la literatura, las tradiciones religiosas, las instituciones políticas y legales, y las estructuras socioeconómicas. Al centrarse en el excepcionalismo estadounidense como la causa de las diferencias culturales entre los dos países, Lipset descarta de entrada las características también "excepcionales" de la cultura canadiense. Una de ellas es el carácter peculiar que adquiere la ideología *tory* o incluso el liberalismo clásico, en una sociedad que, como la estadounidense, está formada por inmigrantes europeos, es heredera de estructuras y valores liberales, y carece de los elementos posfeudales mercantilistas característicos de los países europeos. El liberalismo en Canadá ha dejado una huella clara y profunda en las instituciones políticas, sociales y legales

canadienses que las hace únicas por referencia no sólo al "americanismo", sino también a cualquier otro país del mundo. Aunque en Canadá no hay una cultura "excepcional" en el sentido tocqueveliano o aspiraciones universalistas, existen una historia y valores propios. En éstos el factor francés o quebequense tiene la mayor importancia. Éste es, sin embargo, el gran ausente en el ensayo de Lipset, a pesar de que ha sido y sigue siendo una de las fuentes de distinción cultural más importantes entre Canadá y Estados Unidos, no sólo por las peculiaridades culturales evidentes que un idioma distinto implica, sino también por ser uno de los factores que, desde los orígenes de Canadá, ha creado modalidades organizativas particulares de la entidad canadiense y, en las últimas décadas, ha llevado al Canadá anglófono a reflexionar sobre los fundamentos que componen a la nación canadiense y a buscar una definición "positiva" de su identidad nacional.

Al excluir el factor quebequense del análisis comparativo cultural, el objetivo de Lipset de probar que existen diferencias significativas de valores entre ambos países, si no fracasa, al menos queda trunco. A lo largo del análisis, el lector puede comprobar que la literatura canadiense anglófona expresa valores idénticos a los estadounidenses; que la influencia de las iglesias anglicana y católica en Canadá es ya parte del pasado, ahora hay una división tan tajante entre Iglesia y Estado como en Estados Unidos; que en ambos lados de la frontera existe un marco legal similar de de-

fensa de las minorías y grupos étnicos; que es casi imposible mostrar que los empresarios canadienses tengan valores distintos a sus contrapartes estadounidenses.

Por otro lado, su énfasis en el peso de los valores, sobre todo aquellos que surgen de la historia, impide a Lipset aceptar la gran fuerza explicativa de los factores estructurales, que también han ido transformando con el tiempo los valores culturales. Si bien es cierto que Estados Unidos y Canadá no son iguales por sus distintos orígenes históricos y sistemas políticos, de los cuales surgen valores particulares, los factores estructurales explican tanto la continuidad de las diferencias a través del tiempo como las cada vez mayores coincidencias entre ambos países. Su vasta geografía y el pequeño tamaño de su población, por ejemplo, han hecho inevitable que en Canadá haya una mayor participación del Estado en la sociedad y la economía que en Estados Unidos.

Igualmente, cambios institucionales de envergadura han hecho a Canadá cada vez más similar a Estados Unidos. La introducción de la Carta de Derechos y Libertades en la Constitución de 1982 hace de Canadá una sociedad mucho más individualista desde un punto de vista legal; aquélla termina, además, fortaleciendo al poder judicial en detrimento del principio de la primacía del Parlamento, haciendo que las diferencias políticas y legales entre Canadá y Estados Unidos sean menores; también ha ido disminuyendo la participación del Estado en la economía canadiense, en particular a raíz de las políticas neo-

conservadoras del gobierno de Brian Mulroney en la década de los ochenta —aun cuando el Estado benefactor no haya sido desmantelado completamente—, sobre todo en lo que toca a servicios médicos y de bienestar social; aun el proceso de secularización que ha hecho de Quebec, la provincia que por tradición era la más conservadora, una sociedad mucho más individualista. Esto, sin mencionar otros cambios estructurales de importancia, tanto en Canadá como en Estados Unidos, que los han hecho converger tanto en principios organizativos como en valores culturales.

Aunque Lipset promete mostrar en *La división continental...* por qué los estadounidenses y los canadienses son fundamentalmente distintos, a lo largo de su análisis resaltan más los puntos de coincidencia entre esas dos sociedades. Al final de su obra, Lipset reconoce que las estructuras econó-

micas, políticas y sociales hacen a estos dos países muy semejantes —son "sociedades industrializadas, ricas, urbanizadas y heterogéneas desde el punto de vista étnico"— y que las semejanzas persisten, "en particular las diferencias culturales del pasado" (p. 252). Para ilustrar su argumento, hace una analogía de estas dos naciones con "dos trenes que transitan por vías ferroviarias paralelas" y donde, a pesar de haber recorrido un largo trecho juntos, "subsiste una brecha que los separa" (p. 252). Pero si las estructuras han hecho que aquellas sociedades se parezcan cada vez más, aunque mantengan ciertos valores histórico-culturales distintivos, la analogía de Lipset tendría que ser reformulada. Las vías —que representan el contexto estructural— se han ido cerrando con el tiempo hasta convertirse en una sola; los trenes, sin embargo, siguen siendo distintos.

Rogelio Hernández Rodríguez, *La formación del político mexicano. El caso de Carlos A. Madrazo*, México, El Colegio de México, 1991, 207 p.

Benito Nacif

La política es un oficio y, no obstante su reputación —que nunca ha sido particularmente buena—, todas las generaciones han producido hombres que han encontrado en los negocios públicos una forma de vida y una vocación. Más que otras profesiones, la carrera política en México está marcada por la incertidumbre y el azar. A pesar de que un solo partido ha gobernado al país por más de 70 años, el regular reacomodo de personal a que están sujetas las instituciones de gobierno le ha dado al poder un rostro cambiante. Cada puesto que un político ocupa en su carrera es pasajero y lo debe desempeñar sin perder de vista el reacomodo que el siguiente ciclo habrá de producir. Esto es particularmente cierto en los cargos de elección, en los que el mandato no es prorrogable. La sobrevivencia en la política nunca está garantizada, mucho menos el ascenso. Cambiar de una institución a otra es algo que las circunstancias pueden

favorecer, pero desarrollar una carrera política requiere, además de suerte, perseverancia y otros atributos que distinguen al disciplinado y oficioso político del PRI.

Carlos A. Madrazo fue sin duda un político perseverante. Su breve desempeño como presidente del PRI le hizo figurar en la política nacional en 1956, pero atrás hubo una larga, accidentada e interesante carrera. La inició en los años treinta, como líder estudiantil, inspirado por la causa antirreligiosa que abrazó con fervor. Desde muy joven hizo y, muy probablemente, vivió de la política. Participó en varias organizaciones de estudiantes, todas ellas asociadas al partido en el poder y financiadas por el gobierno revolucionario. La carrera de Madrazo siguió la suerte de las figuras del momento a las que supo vincularse. Su estrella política brilló y se apagó con la luz de personajes como Garrido Canabal, gobernador de Tabasco que auspició la campaña anti-

religiosa en el estado y a quien Lázaro Cárdenas hizo secretario de Agricultura; Luis I. Rodríguez, presidente del PRI entre 1938 y 1939; Jorge Rojo Gómez, jefe del Departamento del D.F. en los tiempos de Manuel Ávila Camacho, y Miguel Orrico de los Llanos, gobernador sustituto de Tabasco entre 1955 y 1958. Finalmente su relación con Gustavo Díaz Ordaz le abrió primero el camino a la gubernatura de Tabasco en 1958 y, después, lo llevaría a la presidencia del PRI.

En *La formación del político mexicano. El caso de Carlos A. Madrazo*, Hernández Rodríguez describe la trayectoria del político tabasqueño, desde sus inicios en la persecución religiosa hasta su brusco e involuntario retiro a la vida privada, luego de haber intentado, sin éxito, reformar al PRI. A pesar de tener como centro a un solo personaje a quien sigue por todos los cargos que ocupó, el libro de Rogelio Hernández no es una biografía; no es aquí donde el lector se enterará de los motivos y razones personales que hubo detrás del hombre público. El libro es más bien un ensayo de historia política, y Carlos A. Madrazo es el "caso" que ilustra y comprueba algo así como una moraleja. "La vida de Madrazo —dice el autor— revela cómo el sistema político mexicano no entraña únicamente un problema estructural, sino que su funcionamiento y futuro dependen de hombres que lo conozcan por dentro y que tengan la capacidad de escuchar a la sociedad" (pp. 9-10). Madrazo fue uno de ellos y no gracias a su talento natural, sino a su "formación". A diferencia de otros políticos

de su propia generación —como Díaz Ordaz, Echeverría, Corona del Rosal—, Madrazo "había conocido cómo actuaban y pensaban las masas estando cerca de ellas, organizándolas, encauzándolas" (p. 183).

El arribo de Gustavo Díaz Ordaz a la presidencia de la República trajo para Madrazo el momento estelar de su carrera. Díaz Ordaz lo puso a la cabeza del PRI, desde donde el político tabasqueño, a los 50 años de edad, iniciaría rápidamente una serie de cambios radicales en el funcionamiento del partido cuyo monopolio de los puestos de elección llevaba entonces más de tres décadas de existencia. Por supuesto, Madrazo no se propuso cambiar esta situación, pero sí quería democratizar internamente el monopolio. Buscó establecer un sistema uniforme de primarias para la selección entre los más de tres mil candidatos a presidentes municipales de todo el país. A pesar de la enorme complejidad que supone reemplazar la multitud de prácticas y convenciones políticas desarrolladas en el tiempo, Madrazo avanzó rápidamente en la introducción del nuevo sistema, aunque a costa de avivar conflictos latentes y producir divisiones.

Rogelio Hernández describe a Madrazo como un político experimentado, conector del sistema que él mismo había contribuido a formar, y visionario, puesto que si su proyecto "hubiera sido aceptado, el régimen hubiera obtenido la flexibilidad necesaria para adecuarse a una sociedad [...] más democrática" (p. 202). Después procede a explicar la enorme paradoja de que un político con tantas

virtudes como Carlos Madrazo haya tenido que abandonar la presidencia del PRI, a menos de un año de su nombramiento y en medio de un escándalo, de críticas y conflictos que él mismo provocó. Atribuye la destitución de Madrazo a los "intereses" de los gobernadores y las corporaciones que resultaron afectados por las reformas. Parece la trama de una conspiración, en la que las críticas de la prensa son tratadas como parte de una "campaña" de desprestigio, lo que Rogelio Hernández describe en este punto. Pero los hechos, interrogados con un poco de escepticismo, sugieren una historia diferente.

Finalmente, Madrazo, como todo político, tenía ambiciones y cometía errores. Y muy probablemente conocía menos el funcionamiento del sistema político de lo que Rogelio Hernández asume. A todas luces, no entendió cuáles eran los límites de su poder como presidente del PRI y eso le costó el puesto. Se metió en líos no

sólo con gobernadores sino con otros personajes importantes del PRI, como el mismo líder de la Cámara de Diputados. Nunca destacó como político prudente, y como presidente del PRI, sus precipitaciones y radicalismo produjeron más oposición a sus medidas que aliados. Rogelio Hernández, muy convencido él mismo, intenta llevar al lector a la conclusión de que los cambios que Madrazo quiso introducir en el PRI eran deseables y necesarios. Es precisamente ese convencimiento el que lo traiciona, pues el investigador se convierte en el defensor de un personaje y sus acciones para argumentar la validez de una reforma que finalmente se frustró. Ello hace echar de menos a lo largo del libro una actitud crítica e inquisitiva hacia Carlos A. Madrazo, que conduzca a un juicio más balanceado acerca de sus virtudes y limitaciones como político, y convenza al lector de que también hay un interés por la verdad, por incómoda que resulte.

Angelo Panebianco, *Modelos de partido*, México, Alianza Universidad 627, 1993, 512 p.

Juan Antonio LeClercq

Partiendo del análisis organizativo de Robert Michels y Maurice Duverger, pero al mismo tiempo manteniendo una prudente distancia de la idea de "la oligarquía de hierro", Panebianco se da a la tarea de revivir el enfoque organizativo tomando en cuenta que los trabajos dominantes de los partidos, en los últimos años, han provenido de la perspectiva del sistema de partidos. El enfoque sistémico, si bien ha generado muchas contribuciones para la ciencia política, de acuerdo con el autor, también ha provocado graves lagunas al ignorar la perspectiva del partido "individualmente considerado".

El primer paso en el análisis de Panebianco consiste en identificar los prejuicios que han permeado el estudio de los partidos políticos. Distingue dos tipos principales de prejuicio: 1) el sociológico, el cual parte de la idea de que la actividad de los partidos está condicionada por las demandas de los grupos sociales que repre-

sentan; 2) el teleológico, que considera que los "fines" de los partidos pueden ser claramente identificables y que éstos suponen necesariamente la razón de ser del partido.

En contraparte, Panebianco propone estudiar a los partidos como organizaciones y, en segundo lugar, desde una perspectiva fundacional. En otras palabras, este trabajo parte del supuesto de que las características originales del partido son indispensables para entender a la organización, incluso a muchos años de distancia.

El siguiente paso a seguir es construir un "modelo" alternativo, tomando como base los dilemas o falsos problemas que han producido tanto el prejuicio sociológico como el teleológico. Los cuatro dilemas son: 1) modelo racional, el partido entendido como instrumento para perseguir fines, *versus* modelo natural, el partido es una estructura que responde a múltiples demandas; 2) distribución

de incentivos selectivos (materiales, status, poder), *versus* reparto de incentivos colectivos (identidad, solidaridad); 3) estrategia de adaptación al ambiente *versus* estrategia de predominio o transformación; 4) libertad de acción de los dirigentes *versus* constricciones o límites organizativos.

Esto supone un falso problema para Panebianco porque las diversas interpretaciones han tratado de encajillar a los partidos en alguno de los polos de estos dilemas. Al contrario, los partidos se caracterizan por buscar un continuo equilibrio entre estos polos, dependiendo de los juegos de poder internos y de las influencias del ambiente.

El modelo de Panebianco, funcionando como "tipo-ideal", identifica tres fases principales de todo partido: primera fase o sistema de solidaridad (comunidad de iguales); segunda fase o institucionalización (consolidación); y, finalmente, la fase del sistema de intereses (sociedad de múltiples intereses).

En la primera fase o sistema de solidaridad, en el partido predominan el modelo racional y los incentivos colectivos, hay una amplia libertad de acción para los líderes y una estrategia de dominio sobre el ambiente. La fase de institucionalización es una etapa intermedia que se caracteriza por ser el proceso a través del cual las organizaciones adquieren valor en sí mismas, se legitiman y fundamentan y, por ende, se consolidan como tales.

En la última fase, el sistema de intereses, el partido se desliza hacia el modelo natural, el predominio de intereses selectivos, la libertad de ac-

ción restringida y la estrategia de adaptación.

En un segundo nivel, Angelo Panebianco parte de la importancia de estudiar la estructura de poder de una organización. En este sentido, identifica dos tipos de juegos de poder: verticales o negociaciones entre líderes y seguidores; horizontales o juegos de poder líder-líder. En este sentido, de la libertad de acción que obtengan los líderes de la negociación vertical dependerá su fuerza en el intercambio horizontal.

Más adelante, identifica el tipo de militantes a los que hay que distribuir incentivos, esto es, los arribistas (preocupados por los incentivos selectivos) y los creyentes (motivados por los incentivos colectivos), y resalta las zonas de incertidumbre que son el contenido de los juegos de poder: la competencia o poder del experto, las relaciones con el entorno, las comunicaciones internas, la definición de las reglas organizativas, el financiamiento y el reclutamiento.

El tercer nivel de análisis lo supone la organización en movimiento y en relación con el entorno. Para ello propone dos criterios principales: 1) el modelo original o cómo influyen las características originales en el desarrollo del partido; 2) la institucionalización, entendida a partir de dos criterios principales: la autonomía de la organización frente al entorno y la coherencia interna.

Una vez estructurado el marco explicativo, el siguiente paso es aplicarlo al caso de diversos tipos de partido: los partidos de oposición, los de gobierno y los carismáticos. Este

análisis abarca en especial los capítulos del 5 al 9.

El modelo de Panebianco es un esfuerzo interesante por ofrecer un enfoque organizativo dinámico y libre de los lugares comunes en los que habían caído las visiones clásicas, véase la "oligarquía de hierro" o la "sustitución de fines". En ese sentido el trabajo cumple con su propósito.

La principal carencia del texto se ubica en el capítulo 14, "Los partidos y la democracia: transformaciones y crisis". Sin duda alguna éste es

uno de los temas más interesantes en el estudio de los partidos políticos. Pero el autor lo aborda sin el mismo carácter exhaustivo de los otros temas y su análisis es apresurado, confuso y, por momentos, contradictorio.

El aspecto negativo del texto no es atribuible al autor, sino a la editorial. La edición española, de la cual viene la reimpresión mexicana, es descuidada y abunda en errores tipográficos, lo cual deja mucho que desear proviniendo de una editorial tan importante como Alianza.

Anne O. Krueger, *Economic Policies at Cross-Purposes. The United States and Developing Countries*, Washington, The Brookings Institution, 1993, 253 p.

Luz María Villasana Cardoza

La doctora Krueger, especialista en problemas del desarrollo, nos presenta el libro *Economic Policies at Cross-Purposes. The United States and Developing Countries*, que podría usarse como material didáctico por su claridad. Krueger señala la existencia de una diversidad de instrumentos de la política económica estadounidense hacia los países en desarrollo. Esta diversidad, y la ausencia de una coordinación entre los diferentes instrumentos, ocasiona que los objetivos de cada política se traslapen y, consecuentemente, los efectos positivos que pudieran alcanzarse lleguen incluso a nulificarse. De ahí tanto el título del libro como la necesidad que plantea la autora de elaborar una política económica coherente hacia los países en desarrollo.

El análisis comienza con un recuento de los cambios que se han dado en la política económica estadounidense. A partir de la segunda Guerra Mundial, Estados Unidos apoyó la

creación de un sistema multilateral e impulsó el comercio internacional. Actualmente, sin embargo, se ha alejado de esta estrategia a causa de la crisis interna que enfrenta y de los problemas que se han desatado en el entorno internacional. Esta situación ha incrementado las contradicciones en la formulación de la política económica estadounidense, haciéndose cada vez más patente el predominio de la búsqueda de soluciones a nivel bilateral. Aunque para el momento en que se escribió el libro aún no se formalizaba el Tratado de Libre Comercio entre México, Canadá y Estados Unidos, ya existían acuerdos comerciales con Canadá e Israel, y las negociaciones con México habían comenzado. Esta política estadounidense que recalca el distanciamiento del sistema de libre comercio global por parte de Estados Unidos, llevó, como señala la autora, al surgimiento de acuerdos comerciales que pueden tener repercusiones negativas para aquellos países que no

logren su inclusión en este tipo de acuerdos.

Posteriormente, el libro nos muestra la evolución de las teorías del desarrollo partiendo de los años cincuenta, cuando la promoción del desarrollo era considerada parte del interés norteamericano. Señala cómo surgió la política de sustitución de importaciones y los frutos que trajo consigo. Intenta demostrar cómo los países que no la abandonaron durante los años setenta no pudieron mantener un crecimiento sostenido, en tanto que países como los del sudeste asiático—que adoptaron el modelo de crecimiento hacia afuera—lograron un rápido crecimiento económico.

Krueger, quien trabajara en el Banco Mundial, dedica un capítulo a la relación entre Estados Unidos y las instituciones económicas multilaterales. La autora nos relata el surgimiento de estas instituciones y nos muestra cómo Estados Unidos las apoyó totalmente en su comienzo, para luego disminuir su participación en ellas durante la década de los ochenta. Sin embargo, Estados Unidos se ve en la necesidad de cooperar con estas instituciones multilaterales ante la incapacidad de resolver el problema de la deuda externa por sí solo.

Krueger señala que al enfrentar las distintas fases de la crisis de la deuda se hacen evidentes cuatro problemas para Estados Unidos: 1) la inconsistencia de su posición frente a las instituciones multilaterales; 2) la ausencia de una visión coherente de la política económica internacional por parte de Estados Unidos; 3) la falta de coordinación de las políticas co-

merciales y de ayuda externa que se ven obstaculizadas entre sí, y 4) la necesidad de cambio de las políticas económicas estadounidenses.

El libro también analiza la dicotomía entre comercio y desarrollo que Estados Unidos no ha comprendido, por lo que este país se ha inclinado hacia un creciente proteccionismo inclusive frente a los países en desarrollo. Esta política se ve reflejada en la Sección 301 del Acta de Comercio y Tarifas de 1974, los derechos compensatorios, el Acuerdo Multifibras, las restricciones voluntarias de exportaciones, y otras medidas que afectan y obstaculizan el crecimiento de los países en vías de desarrollo.

Para ilustrar todos los aspectos que trató anteriormente, Krueger centra su análisis en dos casos concretos a fin de demostrar cómo influye la política económica estadounidense en el desarrollo y cómo puede llegar a fracasar—como en la Iniciativa de la Cuenca del Caribe—o tener éxito—como en la política seguida hacia Corea del Sur—, dependiendo del país y de las condiciones en que se lleva a cabo.

El último capítulo, "Time for Reform", denota claramente lo que Krueger repitió a lo largo de su análisis: la necesidad de cambiar la política económica internacional estadounidense. En primer lugar menciona que debe existir un balance entre el uso de instrumentos bilaterales y multilaterales. Otro punto por mejorar es lograr que los objetivos de la política se cumplan y no se traslapen con otros. De esa manera, propone la reestructuración de la Agencia para

el Desarrollo Internacional de Estados Unidos (USAID). Finalmente señala como el punto más difícil el determinar los objetivos y dificultades operativas de cada uno de los instru-

mentos de la política económica, para lo cual necesita comprender a los países en desarrollo y el papel que desempeñan en la economía internacional.

José Guilherme Merquior, *Liberalismo viejo y nuevo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, 216 p.

Juan Antonio LeClercq

La obra del intelectual brasileño José Guilherme Merquior, se destaca por sus trabajos en historia de las ideas. Resaltan especialmente los libros *De Praga a París* (FCE, 1989), *Foucault o el nihilismo de la cátedra* (FCE, 1986) y *El marxismo occidental* (Vuelta, 1989). En esta ocasión el Fondo de Cultura Económica publica *Liberalismo viejo y nuevo*, libro editado originalmente en el año de la muerte del autor y que representa una declaración de lealtad al pensamiento liberal.

Esta obra se justifica con base en diferentes motivos. En primer lugar, pretende ser una presentación "histórica" del liberalismo y no del tipo analítico. La razón estriba en que la mayoría de los estudios sobre el liberalismo, según Merquior, se han hecho desde la perspectiva analítica en detrimento de los enfoques históricos. Por ende, este estudio tiene una

tendencia más indicativa que inquisitiva.

En segundo lugar, el viaje en torno al liberalismo que realiza Merquior tiene el objetivo de demostrar que esta doctrina es sumamente plural. En otras palabras, partiendo de que para muchos críticos el liberalismo se reduce a ser la filosofía del egoísmo o, cuando mucho, la justificación ideológica de políticas económicas de corte conservador (véase el caso del "neoliberalismo" en América Latina), *Liberalismo viejo y nuevo* pretende demostrar que el liberalismo es una corriente de pensamiento sumamente compleja, rica en variantes y perspectivas, y que las diferentes interpretaciones que sobre la libertad se pueden tener desde el liberalismo, varían de un autor a otro.

En tercer lugar, este libro se presenta como una historia del pensamiento liberal realizada por un con-

vencido del credo liberal. En palabras del autor:

Escribo con un declarado compromiso con la herencia y los ideales que están detrás del rótulo de liberal — hoy en día casi una "mala palabra" para muchos, tanto de la derecha como de la izquierda. Éste es un libro liberal sobre el liberalismo, escrito convencido de que el liberalismo, correctamente entendido, resiste a todas las difamaciones. (p. 14.)

Una vez hechas las aclaraciones sobre su posición, se nos invita a recorrer con el autor cuatro siglos de existencia del pensamiento liberal. El recorrido es realizado con lucidez y con el respaldo del enorme bagaje cultural propio de José Guilherme Merquior. Sobra decir que la experiencia de un libro de esta naturaleza está muy lejos de ser mero "tiempo perdido", sobre todo para aquellos que creen que la filosofía política no tiene

nada que decir frente a los problemas de nuestro tiempo.

No obstante, por muchas virtudes que pueda tener este texto, lo cierto es que nunca podrá sustituir a la lectura directa de los "clásicos" que en él se estudian. *Liberalismo viejo y nuevo* es una oportunidad para introducirse a la historia de una de las doctrinas más influyentes dentro de la filosofía política de la modernidad. Sin embargo, su visión "panorámica" y no "microscópica" sólo puede ser un acercamiento al liberalismo, no una lectura especializada. Todo esto es naturalmente aceptado por el autor.

De igual forma, la perspectiva de Merquior es una invitación abierta a conocer el liberalismo dejando atrás los prejuicios tradicionales que han empañado por largo tiempo la visión de esta doctrina. Podemos sintetizar el espíritu liberal de Merquior mediante la fórmula que el liberal italiano Luigi Einaudi utilizaba para describir a la sociedad liberal: "el imperio de la ley y la anarquía de las mentes" (p. 18).

Robert A. Pastor, *Integration with Mexico. Options for U.S. Policy*, Nueva York, The Twenty Century Fund Press, 1993, 133 p.

Gloria Soto Montes de Oca

Robert A. Pastor, estudioso de México y Estados Unidos, ha escrito en *Integration with Mexico. Options for U.S. Policy* un interesante análisis sobre la relación entre ambos países enfocándose en el área económica, pero incluyendo también la comercial, la de migración, la ambiental, la laboral, etcétera.

La importancia de la relación entre Estados Unidos y México no ha permanecido aislada del contexto mundial. Después de la Guerra Fría, Estados Unidos enfrentó una redefinición de sus prioridades que, por la nueva dinámica internacional, han tendido a desplazarse del ámbito militar al económico. Actualmente, la rivalidad entre países se genera por la lucha de los mercados. Los actores más competitivos en este nuevo orden internacional son Alemania, incluyendo a la Comunidad Europea, Japón con los principales miembros de la cuenca del Pacífico, y Estados Unidos, en principio con Canadá y Méxi-

co, aunque probablemente en un futuro se integren otros países latinoamericanos.

Para que Estados Unidos logre una adecuada inserción en el escenario internacional debe recuperarse económicamente, tanto a nivel interno como a través de la colaboración con aquellos países que lo pueden ayudar: Canadá y México han sido históricamente con los que mayor contacto ha tenido, Pastor los llama "aliados naturales". A través del fortalecimiento de los lazos económicos con ambos países, Estados Unidos obtendrá beneficios que lo colocarán en una postura más competitiva frente a sus principales rivales comerciales.

El autor no se limita a hacer un estudio de las condiciones económicas en Estados Unidos, también analiza el cambio del comportamiento de nuestro país frente al exterior. Durante la historia contemporánea, México había construido barreras económicas y políticas para protegerse de

su vecino del norte, y fue sólo con la llegada al poder de Salinas de Gortari cuando se produjo una actitud "revolucionaria" de cooperación ante los estadounidenses.

México es un país muy importante para Estados Unidos; situado en su frontera sur, es una nación relativamente fuerte y con una población importante. México tiene la capacidad de influir significativamente en su vecino del norte por el flujo de migrantes, por la cantidad de inversión estadounidense que atrae y porque es parte fundamental de la zona de seguridad estadounidense. Cualquier inestabilidad en México tiene múltiples consecuencias en Estados Unidos: reducción de importaciones, disminución de empleos y aumento de la emigración, entre otras. A pesar de que Estados Unidos ya había buscado un acuerdo comercial con México, cuando Salinas se lo propuso a Bush éste se mostró cauteloso. El autor piensa que la principal razón fue que tanto a la población estadounidense como a algunos de sus representantes les preocupaban más los problemas internos que continuar involucrándose en asuntos mundiales. En los dos países se aprovechó el TLCAN para presionar en otras áreas además de la comercial; entre las más significativas están el área ambiental y la laboral.

Pastor compara las tres economías que interactúan dentro del marco del TLCAN; es sorprendente la diferencia entre ellas, y más aún de la economía mexicana frente a la estadounidense. Por ello dice que la influencia en el ámbito económico de

México en Estados Unidos va a ser reducida en comparación con el efecto que ellos tendrán sobre la economía mexicana.

Evidentemente, el principal interés de Pastor es convencer al lector en general y al estadounidense en particular, de la importancia de la aprobación del TLCAN. Explica que su implementación será más eficiente con la debida institucionalización, por lo que sería conveniente seguir la experiencia de la Unión Europea. Hace hincapié en que su aprobación con seguridad traerá una multiplicidad de problemas, pero éstos no deben desalentar la cooperación.

Se han hecho muchas críticas al TLCAN: se piensa que tendrá un efecto negativo sobre el GATT y el comercio mundial, porque fomentará la creación de bloques que se cerrarán al exterior. Sin embargo, el autor argumenta que algunos de los mecanismos del TLCAN servirán como modelo para el GATT, e incluso que Alemania y Japón reconsiderarán su actitud de cerrarse a los flujos de comercio mundial. Además, un acuerdo de esta naturaleza también puede servir para integrar a países subdesarrollados y lograr una mayor apertura de sus economías.

Finalmente, reflexiona sobre los principales objetivos de Estados Unidos. En general, piensa que dicho país debe trabajar para alcanzar una mayor igualdad interna; mantener una buena relación con sus vecinos; realinear los intereses geopolíticos buscando mercados y logrando una mayor capacidad para competir con Japón y Alemania, al parecer sus nuevos rivales mundiales.

El libro es un análisis interesante para los estudiosos de las relaciones internacionales, o bien para los de la relación entre Estados Unidos y México; reúne una serie de datos importantes, y la claridad para argumentar a través de información concreta ayuda a tener un panorama más amplio del tema. En ocasiones resulta excesivo el interés del autor por con-

vencernos de los atributos del TLCAN e incluso queda la impresión de que parte de la idea de que la integración es la mejor opción y luego busca los elementos para comprobarlo. Sin embargo, como todos los escritos de Robert A. Pastor, éste resulta claro, interesante y con la información adecuada.

David Hojman, *Chile: The Political Economy of Development and Democracy in the 1990's*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1993, 242 p.

Sandra Lubezky

La opresiva labor que efectuaron las fuerzas armadas en Chile durante el mandato de Pinochet mediante la aniquilación de los derechos políticos y civiles y las violaciones a los derechos humanos ha sido contemplada como un factor clave, si no es que indispensable, para poder implementar la exitosa política neoliberal en ese país. David Hojman trata de separar la política económica de la represión que existió en Chile durante casi 17 años. El autor analiza la política económica de Pinochet y concluye que la política neoliberal no tiene que ponerse en práctica con medidas represivas, sino que se puede mantener durante el gobierno democrático de Alwyn. El libro resulta un material útil tanto para el estudiante del desarrollo económico, como para el que esté interesado en el caso de Chile.

En el primer capítulo, Hojman presenta un resumen de la historia contemporánea de Chile, y pone espe-

cial énfasis en la continuidad de Pinochet dentro de la tradición chilena. De hecho, afirma que el milagro económico de los años ochenta se realizó con cambios mínimos a las políticas existentes y gracias a las semillas que se habían plantado desde los años sesenta.

En los dos siguientes capítulos el autor analiza la inversión en recursos humanos, tanto en educación como en salud, y concluye que el gobierno debe intervenir en estas dos áreas, dado que, según él, dicha intervención no sacrifica la eficiencia al tratar de obtener mayor igualdad, ni viceversa. Con respecto a la educación, señala que los cambios que estableció Pinochet no prestaban atención a la calidad de la educación ni al acceso igualitario a ésta. El autor sugiere que para dar una educación más general y facilitar la movilidad social, el gobierno debe ampliar la educación solamente si la calidad de ésta puede ser mantenida. De igual forma, indica que no hay igualdad en la manera

en que los servicios de la salud son distribuidos, y señala la necesidad de la intervención estatal (aunque sólo en los casos donde los grupos afectados puedan ser claramente identificados).

En los capítulos 4 y 5 se aborda el tema del mercado laboral en Chile, primero estudiando el mercado en general, y después el de la mujer en particular. Hojman indica que no hay necesidad de que el gobierno incremente el salario mínimo, ya que esto ha causado mayor desempleo en otros países, y aunque Chile tiene uno de los salarios mínimos más bajos de toda América Latina, goza tanto de un alto crecimiento de empleos y de ingresos como de una mejoría en la situación económica y social de los pobres cuando se le compara con el resto de América Latina. Con respecto al mercado laboral femenino el autor señala algunos cambios en la actitud de la mujer después del periodo de Pinochet. La mujer está ingresando más al mercado laboral, tanto por una crisis económica como por la influencia del feminismo. Aprovecha oportunidades de trabajo temporal, sacrificando un salario alto por un horario flexible. Aunque el autor advierte que estos cambios pueden ser pasajeros, ya que la actitud de la mujer hacia el trabajo depende de la situación económica del país, sugiere que no hay necesidad de intervenir en este sector.

En los capítulos 6 y 7 Hojman estudia las clases sociales y la redistribución de los ingresos. Él demuestra que la clase media no ha desaparecido en Chile porque, al contrario de lo que se esperaría, la mayor parte

de este sector no depende de contribuciones del gobierno, y por lo tanto no ha sido afectado por la política neoliberal. Así, considera que no hay necesidad de que el gobierno interfiera en este ámbito.

En su análisis de la pobreza en Chile durante el gobierno de Pinochet, Hojman admite que hay muchas contradicciones; sin embargo, señala que en general la situación de los trabajadores mejoró de 1970 a 1985. El autor indica que el gobierno debe intervenir, pero señala la necesidad y dificultad en localizar el área afectada para poder combatir la pobreza.

En el capítulo 8 se analiza el papel del gobierno en el caso de que el mercado en el que participan los grandes grupos comerciales no funcione correctamente. Hojman sugiere aquí que la intervención gubernamental debe limitarse a fomentar la competencia entre los grupos ya existentes; debe incrementar y mantener la privatización e incentivar la inversión extranjera. El autor también indica que el gobierno puede participar en áreas de desarrollo técnico, en exploración de recursos naturales, e incrementar nuevas inversiones. En el capítulo 9 estudia la industria del cobre y el papel que ésta ha tenido en la economía chilena. Los gobiernos de Alwyn y los que le sigan deberán establecerse como líderes en el mercado y no ser tan dependientes de las decisiones tomadas por el Consejo Intergubernamental de Países Exportadores de Cobre (CIPEC). También señala que Chile debe darle la bienvenida a inversiones extranjeras en este sector.

El capítulo 10 analiza la infla-

ción y la balanza comercial. Hojman señala que la inflación se ha controlado. En cuanto a los factores externos, sugiere que debe haber un tipo de cambio competitivo para generar el equilibrio comercial, pero que esto no es suficiente para protegerse de cambios de precios en el extranjero; por lo tanto, piensa que se deben expandir las exportaciones de sectores no tradicionales, como ya se ha empezado a hacer.

El capítulo 11 analiza los factores de estabilidad en el largo plazo. Aunque en general el nivel de ahorro y de inversión es bajo, no lo es tanto como en otros países latinoamericanos. Sugiere que el gobierno debe establecer una política económica que dé confianza en el país, para así lograr incrementar las inversiones. El gobierno tiene que fomentar la estabilidad a través de políticas legítimas. Asimismo, en Chile se ha progresado en el manejo de la deuda externa, aunque muchos observadores internacionales lo niegan.

Por último, Hojman señala que

los gobiernos democráticos pueden lograr una estabilidad económica si se preocupan por obtener la combinación adecuada en su política económica. De hecho, el autor considera que los partidos políticos en Chile, en su gran mayoría, están dispuestos a luchar por mantener la lógica de la actual política económica. Quizás el único problema sea el activismo extremo de los partidos de izquierda.

En general, Alwyn ha mantenido una expansión económica en Chile, aunque a un ritmo más moderado. Ha fomentado la expansión de las exportaciones, controlado la inflación y bajado los niveles del endeudamiento externo. Sin embargo, su actuación no ha sido tan exitosa en la ayuda a los sectores menos favorecidos para obtener una mejor educación o fomentar programas de salud, y la contaminación ha aumentado y se han implementado pocas medidas para controlarla. En general, Alwyn comenzó por buen camino. Los siguientes gobernantes de Chile deberán mejorar, sin embargo, este resultado.